

Eduardo Bustillo

Leyenda de la Casa del Renegado

Edición y glosa de Francisco José Fernández Andújar

Piolo_69@hotmail.es

Colección: Bibliografía recomendada, Galeatus
Fecha de Publicación: 30/09/2019
Número de páginas: 12
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto del **Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales (CEDCS)**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu

Eduardo Bustillo

Leyenda de la Casa del Renegado

Edición y glosa de Francisco José Fernández Andújar



En un monte de Ceuta, al noroeste de la ciudad, se alza hoy un fuerte fusilero militar, posteriormente reformado, sobre uno anterior construido en la segunda mitad del siglo XIX (1864, capacidad para catorce hombres, según la web CastillosNet). Todos ellos reciben, como el monte y el embalse próximo, el nombre del “Renegado”, pero también el del igualmente popular “Tortuga”. Por los mapas, sabemos que existía un punto llamado “Casa del Renegado”, y que aún antes se le denominaba, según algunos, “Marabú” (Santón). En la memoria colectiva de Ceuta se habla de un renegado que abjuró del cristianismo pero amaba su tierra, Algeciras, por lo que se quedó a vivir como un ermitaño en dicho monte, con impresionantes vistas al Estrecho y a la propia Península Ibérica. Unos y otros admiraban a dicho hombre. Pero real y generalmente no se conocen fuentes sobre todo esto que se afirma. Queremos mostrar una de ellas, de gran valor literario.

Se trata de una obra hoy olvidada, a pesar de su gran calidad, y que tiene como título *Romancero de África*, aunque su título completo era *Romancero de la Guerra de África*, que como se puede presuponer, se encuadra en el más puro romanticismo. Estaba escrito por Eduardo Bustillo, y se publicó por la Gaceta Militar en 1860, antes de construirse el fuerte que recibió ese nombre. Tiene fuertes contenidos patrióticos con un tono romántico en temas como el amor, el compromiso, la lealtad, la valentía, etc. Se suele citar como una obra colectiva, impulsada por Mariano Roca de Togores, aristócrata,

Grande de España, y escritor romántico y patriótico, que también encajaría en las características de la obra. Pero la edición de 1860 conservada hoy, en su portada, menciona expresamente a Bustillo como el único autor.

Eduardo Hano Bustillo y Lustonó nació en Madrid en el año 1836 y murió en 1908, en la misma ciudad. Estudió Derecho en las universidades de Santiago de Compostela y Madrid, ejerciendo la docencia en el Instituto de Santander. Se hizo periodista y crítico literario a su vuelta en Madrid, en las páginas de *La Ilustración Española y Americana*, *Madrid Cómico*. Por su muy mala vista, tuvo su gran disgusto personal, de no poder realizar el servicio militar.

Obras suyas fueron *Lazos de amor y amistad* (1858); *El Libro de María: cuadros de la vida de la virgen* (1865); *El Laurel de los Laureados* (1872); *Las Cuatro Estaciones: Poesías* (1877); *Razón de Estado: Juguete cómico en dos actos y verso* (1879); *Cartas trascendentales* (1877); *El Ciudadano Simón* (1877, con Antonio Palomero y Manuel Manrique de Lara); *El Libro Azul, novelitas y bocetos de costumbres* (1879); *Galas de ingenio* (1879, junto a Eduardo de Lustonó); *El Ciego de Buenavista: Romancero satírico de tipos y malas costumbres* (1888); *Cosas de la vida* (1899); *Campañas teatrales: Crítica dramática* (1901); *Cancionero de Amores* (1903).

El Romancero de África está bellamente ilustrado, en una edición cuidada y esforzada. Son veinticuatro romances, la mayoría de carácter militar, pero también con frecuentes menciones a Ceuta y su región, principalmente al Serrallo, Anyera y Renegado, lugares inconfundibles para cualquier ceutí. Pero también se menciona el entorno cercano: Castillejos, Tetuán, Monte Negrón, Cabo Negro... todo ello muy relacionado con la campaña militar española que dirigió Prim. De estos lugares, el autor menciona algunas de sus leyendas. *El Renegado*, citado en varios pasajes, tiene un capítulo propio, el décimo, así como una bella ilustración en la página setenta y uno. En otros capítulos, como el de *30 de Noviembre*, se menciona también su leyenda.

En este Romancero de África se presenta al Renegado como un español que descubre una nota de un antepasado suyo, que fue secuestrado por un corsario berberisco, que le hizo sufrir enormemente. Por ello, se decidió escribir una carta dirigida a alguno de sus descendientes para que pueda vengarle, no volviendo a su patria y familia hasta devolver el daño recibido por la familia; y este hombre, del cual no conocemos nombre ni identidad, se prestó a cumplir con la vendetta familiar, viajando a Marruecos, y adoptando sus costumbres religiosas y culturales, para buscar al principal descendiente del pirata, y matarlo en duelo justo. En su peregrinación, no consigue localizarlo, asentándose en Tánger, y hete aquí que por fin se encuentra a quien buscaba: una pobre niña y su anciana abuela, los únicos descendientes del corsario, que murió hundido bajo el mar. El cristiano que ha renegado para buscar su venganza, no puede llevarla a cabo, se apiada de la niña, y asume que sin cumplir su promesa, tampoco puede volver a su ciudad natal, Algeciras, ni ver a su familia. Decide asentarse entonces en una roca cercana en la costa norte, frente a la Península, apenado por su desgracia, obligado por su propio juramento familiar, nostálgico de su tierra y familia. Recibirá la admiración de la población, que le recordarán y dará nombre al lugar que se dice que habitó.

Reproducimos los dos pasajes existentes en el *Romancero de África* sobre el Renegado.

II

[Fragmento, página 67]

Allá, sobre aquella roca
donde mil armas relucen,
la Casa del Renegado
entre el brezo se descubre.
Con tu alarido salvaje
no turbes, infiel, no turbes
la calma de esa mansión
donde hay un alma que sufre
contemplando el paraíso
causa de sus inquietudes,
tan triste a sus esperanzas
cuanto a sus recuerdos dulce.
Ya comprendo el ¡ay! que exhalan

Romance X:

[Páginas 71 y siguientes]

Leyenda de la Casa del Renegado

I

Distraer la mente quiero
con mi sencillo romance
del fragor de tanta lucha,
del horror de tanta sangre.

Y aquí, sobre el mismo campo
testigo de mil desastres,
al resplandor de la luna
que triste y pálida sale,
voy a contaros la historia
de esa casa miserable
que en la roca se levanta
entre espesos matorrales.

Es el poema sentido
de un alma sola y errante
que en vano busca el consuelo
de sus eternos pesares.

En Algeciras vivía
con su fortuna envidiable,
un caballero español
de esclarecido linaje.

En dulce paz, con sus hijos
su esposa y su anciana madre,
con la bendición de Dios
en su lecho y sus manjares,
jamás amargó su pan
ni el sueño pudo turbarle
el afán de vanos títulos
ó de crecidos caudales.

La tradición no nos dice
qué causa pudo obligarle
a renunciar a las glorias
de felicidad tan grande.

No nos revela el secreto
de aquella inquietud constante
que nubló la faz serena
de su apacible carácter.

Si la tradición lo calla
bien el poeta lo sabe,
y vais a saberlo todos
los que escucháis mis cantares;
que en las cosas de este mundo
no hay misterios para el arte,
y canto yo los del alma
que son los que al mundo placen.

II

Un día que el caballero
llegó a pasar los umbrales
de un apartado salón
de la casa de sus padres
para distraerse viendo
curiosas antigüedades
y retratos de familia
de muy nobles personajes,
quiso Dios que allá en el fondo
de un desvencijado estante,
todo de polvo cubierto,

un cofrecillo encontrase
que en la misma cerradura
tenía puesta la llave.

Abrióle el buen caballero
sin que su mal recelase,
sin pensar que a la su honra
mucho pudiera importarle.
Del cofre sacó un papel
que escrito estaba con sangre,
palabras en él leyerá
que alteraron su semblante.
Y el papel leyó cien veces
y otras ciento fue a dejarle
sobre el sucio cofrecillo,
con su paso vacilante
loco cruzando la estancia ,
de trecho en trecho parándose
para recobrar su aliento,
para respirar más aire.

Y es que aquel papel firmado
con el nombre de sus padres,
vino a través de los tiempos
a dirigirle estas frases:
—«Son para ti, si es que tienes
algo de mi ilustre sangre,
estos renglones escritos
con la que en mis venas arde.
A cruzar fui por mi mal,
a cruzar los anchos mares;
me apresaron los piratas
que manda el moro Aben-Galbe
que dicen es descendiente
de nobles Abencerrajes.
¡Mal haya la su nobleza!
que no puedo perdonarle
haber manchado mis canas
escupiéndolas cobarde.
Libre ya, pero sin fuerzas,
mi libertad ¿qué me vale?
Y solo tengo una hija,
y ella no puede vengarme.
Manchas hay en nuestro honor
y es muy justo que se laven,
y porque algún día llegue
a quien deba interesarle,
bien se ha de estar el papel
en donde yo le dejare.

Si es que tú llevas mi nombre
y tienes valor bastante,
tu cruzarás los desiertos
y buscarás a los Galbes
y noblemente en el campo
sabrás vengar el ultraje.
¡Jura por mi eterna gloria
que mientras tu honor no laves,
ni a ver volverás tus hijos
ni a pisar los patrios lares!»—

Y lo juró. Desde entonces,
frío, reservado, grave,
a solas con su secreto
y sus continuos afanes,
sufriendo, sin que su pena
comprender pudiese nadie,
fue concentrando el valor
de su espíritu gigante
para el momento supremo,
para aquel terrible trance
en que era precisa toda
la resignación de un mártir.

III

Despídese el caballero
que al África ya se parte.
Enjutos tiene los ojos,
el alma en su aliento sale,
diciendo al fin con suspiros
lo profundo de sus males.

Vierais a los pequeñuelos
verter lágrimas a mares,
vierais a la dulce esposa,
vierais a la anciana madre,
abrazando al caballero
y en las mejillas besándole.
Allí le hablaron las dos,
bien las oiréis querellarse.
—¿A dónde irás, el mi esposo,
del mar por las soledades
que encuentres estas delicias
que en mi amor puedo brindarte?
—¡Hijo, mi adorado hijo,
el dolor que me causaste
al nacer al mundo, vuelva
mil veces a atormentarme!

Pero el dolor de no verte
¿cómo podré soportarle
si ya me siento sin vida
y aun de mí no te alejaste? ... –

Lágrimas, quejas, suspiros
y súplicas, todo en balde,
que es el honor lo primero
para quien honrado nace,
y juramentos obligan
a corazones leales.

Y allá corre el caballero
del ancho mar por la margen;
llega al puerto, ya está a bordo,
leva sus anclas la nave,
hincha las lonas el viento
haciendo crujir los mástiles,
y corta espuma la quilla,
lucha con el oleaje,
y álzase osada la proa
y en el abismo se abate,
y vuela... y allá se pierden
el esposo, el hijo, el padre.

Sus prendas las más queridas,
sin aliento, jadeantes,
la turbada vista tienden,
por los limpios cristales,
y allá, sobre el horizonte,
entre rosados celajes,
finjen de alguna esperanza
consoladoras imágenes.
—Ojos que te vieron ir
por los procelosos mares,
¿cuando volverán a verte
desdichado navegante?

IV

Atravesó del desierto
los ardientes arenales,
y en su propósito firme
y en sus difíciles planes,
para evitar del camino
los obstáculos y azares,
con mentidas ceremonias
y fingidos ademanes
adoptó de los infieles

las creencias y los trajes
y hasta de la vida íntima
los usos más repugnantes.
Así solo en sus moradas
pudo hallar acceso fácil,
pudo vencer sus escrúpulos
y confianza inspirarles.

Y en pos así del destino;
triste, febril, delirante,
solo con sus desventuras
cruzó por montes y valles;
y las aldeas más pobres,
y las más ricas ciudades,
y palacios opulentos,
y humildes chozas y aduares
visitó con ansia loca
su espíritu infatigable.

Y aunque do quiera que buscaba
la familia de los Galbes,
los Galbes no parecían
y él siempre, siempre adelante.
—Mirando el sol en ocaso
desde los muros de Tánger,
un día con sus recuerdos
endulzaba sus pesares.
Acercósele una mora
con ademán suplicante,
llevando en sus brazos débiles
y entre rasgados pañales
una niña que dormía
con el sueño de los ángeles.
—Bendígate Alá, le dijo.
—Anciana, que Dios te guarde.
—Si es cierto que allá en España
prendas de tu amor dejaste,
y es cierto que hay más piedad
en los que cristianos nacen,
renegado misterioso,
por tu vida que te apiades
de la pobre huerfanita
que su infortunio no sabe.
—¡Qué hermosa!... ¡duerme!... mas siento
que sus manecitas arden.
—Siempre con fiebre despierta
llora porque tiene hambre,
y yo la cubro de besos,
pero mi amor no es bastante.

Burláronse de mis súplicas
las kábilas montaraces,
y aquí todos ven mi llanto
mas no le comprende nadie.
¡Tú lloras! tú le comprendes
y tú sabrás consolarme.
Ese sol que muere triste
alegremente renace;
pero si muere la niña
huérfana de padre y madre,
no puede renacer nunca
la familia de Aben-Galbe.
—¿Del pirata aventurero
que fue terror de los mares?
—En el mar se hundió su gloria
y en él su fortuna yace.
Pero si a Dios irritaron
su ambición y sus maldades,
no, no es justo que sus culpas
esta pobre niña pague.
—Y tu ¿quién eres, anciana,
que en su suerte tomas parte?
— Yo soy una rama seca
del árbol de su linaje,
y ya sin savia, sin vida,
lleva sus hojas el aire.
—Por Dios te calles, anciana,
anciana, por Dios le calles,
que con tus revelaciones
mis esperanzas mataste.
Es un misterio mi vida,
a comprenderle no alcances;
yo de la niña me apiado
y esto a tu ventura baste.
Mañana al morir el sol
aquí vendréis a esperarme,
y tendréis pan, y ya nunca
podrá rendiros el hambre,
y cobrará nuevo aliento
la familia de Aben-Galbe.
—¡Dios a tus hijos bendiga
en premio de tus bondades
y a los hijos de tus hijos!...
—¡Anciana, que Dios te guarde! —

Y perdido entre la sombra
fue poco a poco alejándose,
llorando el mísero muertas
sus esperanzas falaces.

V

Y al día siguiente estaban
al declinar de la tarde
la anciana y la pobre niña
donde aquel sublime mártir
endulzó sus infortunios
puro consuelo prestándoles.

Y la anciana conmovida
le dirigió tiernas frases,
lágrimas de gratitud
corrieron por su semblante,
mientras la niña dormida
sonreía como un ángel
cual si en aquel dulce sueño
su fortuna adivinase.

Y el infeliz renegado
huyó desde aquel instante
del trato de los infieles,
abandonó las ciudades
vagó, vagó por desiertos
y al fin vino a refugiarse
en esa empinada roca
con su destino implacable,
triste, con el alma herida,
pero resignada, grande.

Juró como honrado y noble
la venganza de un ultraje,
y en el campo, cuerpo a cuerpo
siendo imposible vengarle
cumplió el juramento solo
por la gloria de sus padres;
y aunque sus puros afectos
con dulce voz le llamasen,
ni a sus hijos vio ya nunca
ni pisó los patrios lares.

Y ¿sabéis por qué su espíritu
fue por fin a levantarse
sobre la roca gozando
con sus tristes soledades?
Porque en los días serenos,
entre las lomas distantes,
desde allí de su Algeciras
divisaba los hogares,

y las torres de sus templos
y las copas de sus árboles.
Porque desde allí creaba
con su corazón amante
el mundo de sus afectos,
de sus goces celestiales,
y recibía suspiros
de los hijos, de la madre,
de la esposa que esperaban
al perdido navegante.
Y cuando del claro sol
iba la luz apagándose,
cubriéndose el horizonte
con las brumas de la tarde;
cuando las auras gemían,
se lamentaban las aves
y era más lento el murmullo
del mar que las rocas bate;
entre aquellos mil sonidos
tristes, vagos, discordantes,
y confundiendo ilusiones
con benditas realidades,
oír pensaba los ecos
de la campana vibrante
que llegaban melancólicos
a la oración convidándole.
Y entonces allá en la mente
contemplando alguna imagen,
aquel combatido espíritu
lograba fortificarse,
orando al Dios de su Patria
con la pura fe de un ángel.
Y así su doliente vida
fue poco a poco acabándose,
sin que nunca los misterios
a alcanzar llegase nadie
del sentimiento profundo
del alma triste y errante
que hallar no pudo el consuelo
de sus eternos pesares.

FIN